

ANTONIO J. CARRASCO ÁLVAREZ

EL BOSQUE SOMBRIO

SOBREVIVIR A TEUTOBURGO

novela histórica

DOSIER DE PRENSA



Nada es peor que los bosques de Germania

Roma ha entablado batallas decisivas y en algunas ha luchado incluso por su propia existencia. Pero nada ha preparado a sus soldados para pelear contra sombras en los bosques que hay más allá del Rin. Tras una debacle de las que marcan historia, los legionarios y los auxiliares de Roma deberán combatir para salvar sus vidas y regresar a un lugar seguro. *El bosque sombrío*.

Sobrevivir a Teutoburgo es una novela vibrante que desborda acción a raudales y muestra un miedo que hiela la sangre en las venas, pues el enemigo acecha detrás de cada arboleda, dispuesto a matar hasta el último de los que resisten en Aliso. Una novela sobre traiciones, resistencias y el ansia por vivir un día más para seguir en la brecha.



El bosque sombrío. Sobrevivir a Teutoburgo
979-13-990788-8-6
392 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 23,95 €

Septiembre del año 9 d. C. En las lóbregas selvas de Germania, en las espesuras de Teutoburgo, Roma sufre uno de sus mayores desastres militares. Tres legiones comandadas por el legado Quintilio Varo son aniquiladas por las furiosas hordas germanas acaudilladas por Arminio, hasta entonces un leal aliado. El deshonor de tres águilas perdidas y una derrota sin paliativos, que supuso el freno a las ambiciones romanas entre los ríos Rin y Elba, y que desesperó al emperador Augusto hasta el punto de dar cabezazos a las paredes de su palacio clamando «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!». Pero lejos de Roma, en Aliso, un fortín a orillas del río Lupia, un puñado de supervivientes del desastre y los legionarios y algunos auxiliares astures y cántabros de la legión Quinta Alauda, afrontan el embate de unos germanos que no se detendrán hasta masacrar al último romano de ese lado del Rin. ¿Qué hacer? ¿Resistir en espera de ayuda o tratar de romper el cerco enemigo y ganar la otra orilla del Rin? ¿Podrán atravesar esos bosques sombríos llenos de germanos ululantes y deseosos de hundir sus lanzas en el pecho de un invasor? La novela histórica *El bosque sombrío*, de Antonio Carrasco Álvarez, es un relato coral de valor y honor, de combate y redención, de camaradería y coraje, que nos zambulle de lleno en la mentalidad, la vida y la muerte de los hombres que lucharon por Roma, con una verosimilitud brutalmente honesta. Una historia bélica de acción trepidante sobre un particular band of brothers romana que solo unida tendrá alguna oportunidad de escapar a la muerte: Caronte espera en el Rin.



Antonio J. Carrasco Álvarez se doctoró en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid en junio de 2009 con su tesis *Insurgencia y contrainsurgencia en España (1808-1814)*. Ese mismo año recibió el Premio Tesis Doctoral del Real Colegio de Licenciados y Doctores. En el año 2013 fue galardonado con el Premio Internacional de Historia Ateneo Jovellanos (Gijón) por su libro dedicado a la guerrilla española *La guerra interminable. Claves de la guerra de guerrillas en España (1808-1814)* (CESED, 2013). Ha publicado en *Desperta Ferro*, *Spagna Contemporánea* y *Revista de Historia Militar*, además de participar como ponente en varios congresos nacionales e internacionales, siempre dentro del ámbito de la historia de la Guerra de la Independencia y de la guerra de guerrillas.

En librerías el 4 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

LAS CLAVES DEL LIBRO

La novela que nos lleva a los días y semanas después del desastre de Teutoburgo (septiembre de 9 d. C.): una historia de coraje, camaradería, combates... y miedo.

Germania como un escenario que provoca terror: bosques sombríos, escaramuzas a la mínima que bajas la guardia, el enemigo esperando a asaltar, campamentos asediados... Esta es no es la guerra que esperabas, legionario.

Una unidad de exploradores auxiliares y su prefecto, un tribuno de la élite senatorial, el comandante de un campamento, supervivientes del desastre, una sanadora germana: todos tienen una historia que contar.

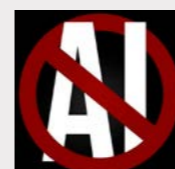
Esta es una novela de acción y de una guerra en territorio inhóspito y lleno de peligros. La conquista romana de Germania no terminó como Augusto esperaba y los soldados allí desplegados deberán hacer todo lo posible para sobrevivir.

La novela recrea cómo funcionaba el Ejército romano: la cadena de mando, el papel de las unidades de auxiliares, la función de los exploradores, la logística de un campamento, las relaciones con los civiles...

La guerra deja secuelas y lo que hoy consideramos el trastorno de estrés postraumático también lo vivieron legionarios y auxiliares romanos. ¡Vencer también es luchar contra tus propios fantasmas!

Pero la guerra sucia, cruel e imprevisible, también es camaradería, lazos de amistad y asistencia mutua en el seno de una unidad. *El bosque sombrío* ahonda en cómo el Ejército romano también podía ser una «band of brothers».

Una novela en la senda de los clásicos del género militar romano, de Rosemary Sutcliffe a Simon Scarrow, de Adrian Goldsworthy a Santiago Posteguillo. Una novela para vibrar, sufrir y no parar de leer.



¿Sabías que la ilustración de la cubierta es una obra de arte analógico, sin rastro de IA? Ha sido creada por el artista gallego Pablo Outeiral, portadista habitual de las revistas de *Desperta Ferro*. Disfrútala y recrea en sus detalles.





EL CONTEXTO HISTÓRICO



La conquista romana de Germania

Los primeros contactos entre romanos y germanos se produjeron a raíz de las migraciones de cimbrios, teutones y ambrones hacia el Mediterráneo a finales del siglo II a. C. Derrotados en varias ocasiones, con el propósito de detener su avance –destaca en particular la debacle de Arausio (105 a. C.)–, los romanos lograron vencerlos decisivamente en las batallas de Aquae Sextiae (102 a. C.) y Vercelas (101 a. C.). El siguiente contacto fue durante la Guerra de las Galias, cuando Cayo Julio César venció a los suevos de Ariovisto (58 a. C.). Tres años más tarde, las legiones del procónsul cruzaron el Rin, siendo las primeras fuerzas romanas en hacerlo, en una victoriosa acción punitiva. Roma pisó entonces, por primera vez, Germania, y el Rin se erigió en frontera.

La necesidad de consolidar la frontera en el territorio germano, pero pensando en el Elba como limes, dio pie a diversas campañas militares durante el principado de Augusto, al tiempo que se combatía también en la zona de Danubio para hacer lo propio. Las campañas exitosas de su hijastro Druso el Mayor (11-9 a. C.), durante las cuales los queruscos optaron por establecer una alianza con Roma, seguidas de las de su hermano Tiberio (8-6 a. C.) y de Lucio Domicio Enobarbo (3-2 a. C.), empezaron a consolidar un territorio, pronto provincializado; posiblemente, demasiado pronto, pues una revuelta germana, sofocada por Marco Vinicio en 1 a. C., puso contra las cuerdas a las tropas romanas. Tiberio regresó a Germania y sus campañas entre 4 y 6 d. C. sometieron la región.

Con Publio Quintilio Varo como legado (7-9 d. C.), Augusto consideró pacificado el territorio entre el Rin y el Elba, con pueblos leales a Roma y cuyas élites comandaban unidades auxiliares en el Ejército romano, y en condiciones de convertirse en una provincia estable: Germania Magna. Varo, un administrador capaz en África y Siria, parecía la persona adecuada para administrar la nueva provincia, pero no tenía el perfil de un energético comandante militar como sus predecesores. Además, el territorio germano no era como el que había conocido Varo en otras provincias: prácticamente no había un tejido urbano, el territorio era agreste y la población dispersa, con algunos romanos asentados aquí y allá; los núcleos principales romanos eran sus campamentos a orillas del Rin y algunos fuertes hacia el interior, como Aliso. La teórica lealtad de los pueblos germanos, entre ellos los queruscos, se basaba en que sus élites habían entregado a sus hijos a Roma, educados y adiestrados militarmente y que servían, como ciudadanos romanos, en unidades de auxiliares en las legiones allí acantonados; el propósito es que fueran el espolón de proa de la romanización, como en otras provincias. Pero esa romanización apenas era una capa muy leve en una población germana que ansiaba algo más que una cierta autonomía bajo control romano: quería la expulsión de los romanos de su territorio.

Arminio y los germanos

Arminio (ca. 16 a. C.-19 o 21 d. C.), era hijo de Segimero, caudillo de los queruscos, y desde joven formó parte de las tropas auxiliares de las legiones romanas durante las guerras panonias en el escenario danubiano, al frente de la caballería querusca. Su hermano Flavio también sirvió en unidades auxiliares, pero a diferencia de Arminio, se mantuvo siempre leal a Roma; un hijo suyo, Itálico, posteriormente sería enviado como jefe de su pueblo, en época de Claudio. Casado con Thusnelda, su suegro, Segestes, también formaba parte de la élite querusca, pero era leal a Roma, comandando unidades de auxiliares de infantería. Es muy probable que entre Arminio y Segestes hubiera una rivalidad por el caudillaje de los queruscos y que, ya fuera por convicción personal en su empeño por expulsar a los romanos de Germania o por lograr la jefatura de los queruscos, Arminio optó por «traicionar» a Roma, aun siendo ciudadano romano y habiendo recibido el estatus de *eques* (caballero).

También es probable que Arminio, como líder de los queruscos, ambicionara un rol similar al de Maroboduo (o Marbod), rey de los marcomanos, y persiguiera la soberanía plena de toda Germania, uniendo a los diversos pueblos y tribus bajo su liderazgo y expulsando, así, a los romanos de la región. En ello se vio acompañado por numerosos nobles germanos, que también deseaban un regreso a los tiempos en que Roma no había penetrado en su territorio. Pero ello no significaba que reconociesen a Arminio como su «rey», pues cada pueblo era celoso de su libertad y modo de vida, como relata Tácito en su libro *Germania*. Sí estaban dispuestos a colaborar en un plan para echar a los romanos, pues, según sus costumbres, cuando un vecino entraba en guerra con un tercero, se mantenía la neutralidad o, como en este caso, se le apoyaba en la guerra.

De este modo, los pueblos vecinos –caucos, brúcteros y marsos– se sumaron a la revuelta que preparaba Arminio. El plan era atraer a las legiones romanas, establecidas en sus campamentos al otro lado del Rin, al interior para sofocar una revuelta que caucos y brúcteros iniciarían, y en la que los queruscos aparentarían apoyar a Roma, mientras que los marsos bloquearían la retirada romana y cortarían las comunicaciones con sus bases en el Rin, apoderándose también del valle del Lippe, donde estaba situado el campamento de Aliso, y aniquilando a la población romana allí asentada. Así, conducidos por Arminio hacia los bosques del interior, donde las legiones no podrían combatir como estaban acostumbradas, se cerraría la trampa y los germanos los masacrarían. Cada una de las mencionadas poblaciones germanas contaba con decenas de miles de guerreros, por lo que la superioridad numérica germana sobre las tropas de Varo quedaba garantizada.

Segestes, que comandaba los auxiliares de infantería queruscos, decidió no formar parte de la conjura y advirtió a Varo de la misma, probablemente para deshacerse de su yerno y rival por el liderazgo querusco.

Lo hizo por última vez el 6 de septiembre, pero Varo, que consideraba que eran resquemores de aquel con su yerno (pues Arminio se había casado con Thusnelda sin su consentimiento), prefirió obviar y se adentró en Germania con tres legiones: la Decimoséptima, la Decimoctava y la Decimonovena.

Teutoburgo: la *clades Variana*

El verano de 9 d. C. habían transcurrido de esta manera y los pueblos germánicos continuaron coordinando y desplegando sus fuerzas, añadiendo incluso a otros: catos, usípetes, angrivarios, téncteros y catuorios. Las advertencias de Segestes no hicieron mella en Varo, que se internó en Germania para sofocar la revuelta de caucos y brúcteros, pero que más bien actuó como un magistrado romano que zanjaba querellas entre tribus y emite edictos. En vez de atacar directamente a los rebeldes o replegarse con rapidez al Rin y, a la vista de lo avanzado de la estación, lanzar una campaña a gran escala en la siguiente primavera, el legado romano, que había disperso parte de su ejército para hacer frente a operaciones menores, optó por una lenta retirada para pasar el invierno en *Castra Vetera*, desviándose de la ruta principal y más segura; Arminio, que con sus auxiliares formaba parte del ejército de Varo, lo engañó para llevarle, junto a las tres legiones que comandaba, allí donde se produciría la emboscada.

Los destacamentos romanos que Varo envió lejos del ejército principal, dispersos y completamente prevenidos –no hubo un eficaz uso de las unidades de inteligencia o *speculatores* por parte del legado– fueron entonces víctimas de las fuerzas de Arminio, integradas tanto por tropas sublevadas como por caballería auxiliar querusca. Varo, además, conservó la pesada impedimenta y no desalojó a los seguidores civiles, aún a pesar de que estaba emprendiendo ya una operación militar, lo que hizo que la columna de avance de su ejército se extendiera a lo largo de más de 21 km y sobre un terreno cada vez más desfavorable, dado el empeño de su comandante en jefe en desviarse de las rutas más fáciles.

Llegados a este punto, Arminio reveló a Varo que los angrivarios habían aniquilado a los destacamentos romanos asentados en sus dominios, y el legado recibió las primeras peticiones de auxilio de las tribus todavía leales a Roma; aquello ya empezaba a ser la gran revuelta que Segestes le advirtiera y que se había negado a creer. En lugar de apresarse inmediatamente Arminio, Varo se dejó engañar por este, que le sugirió internarse directamente en el *saltus Teutoburgensis*, el frondoso bosque de Teutoburgo, la ruta más directa hacia el territorio de angrivarios y caucos, para someterlos y después regresar al Rin. Entonces ordenó a también a Arminio y sus jinetes auxiliares abandonar el ejército, en busca de los destacamentos romanos dispersos más cercanos (eliminados hacía ya tiempo). No podía estar más ciego.

En los siguientes cuatro terribles días, del 8 al 11 de septiembre, se produjeron los combates y la lenta ago-

nía. En un terreno desconocido y estrecho, en el que el orden de formación se vería alterado por la topografía forestal, Varo no fue capaz de contrarrestar el primer ataque de los germanos: agazapados entre los espesos árboles, atacaron a los romanos con una lluvia de lanzas, rompiendo su formación. Todo sucedió con demasiada rapidez como para que el ahora sobrepasado legado pudiera reaccionar: tras el primer ataque germano, los romanos no pudieron sobreponerse, aterrorizados por los gritos e imposibilitados para formar adecuadamente en un terreno tan estrecho y hostigados por el enemigo, que usó la movilidad que le ofrecía un armamento más ligero, a diferencia de la pesada impedimenta de los romanos, para atacar desde diversos frentes y provocar el caos. Al cabo de unas pocas horas de combate, Varo fue consciente de la magnitud del desastre. Se formó un campamento en un claro abierto al segundo día, pero los ataques germanos continuaron como razias cuando los centuriones sacaron a gran parte de los soldados. La dinámica continuó dos días más, con los romanos rodeados y sin posibilidades de enviar mensajes en busca de ayuda. El 11 de septiembre, desesperado, Varo se suicidó con parte de sus oficiales ante el temor de caer prisionero.

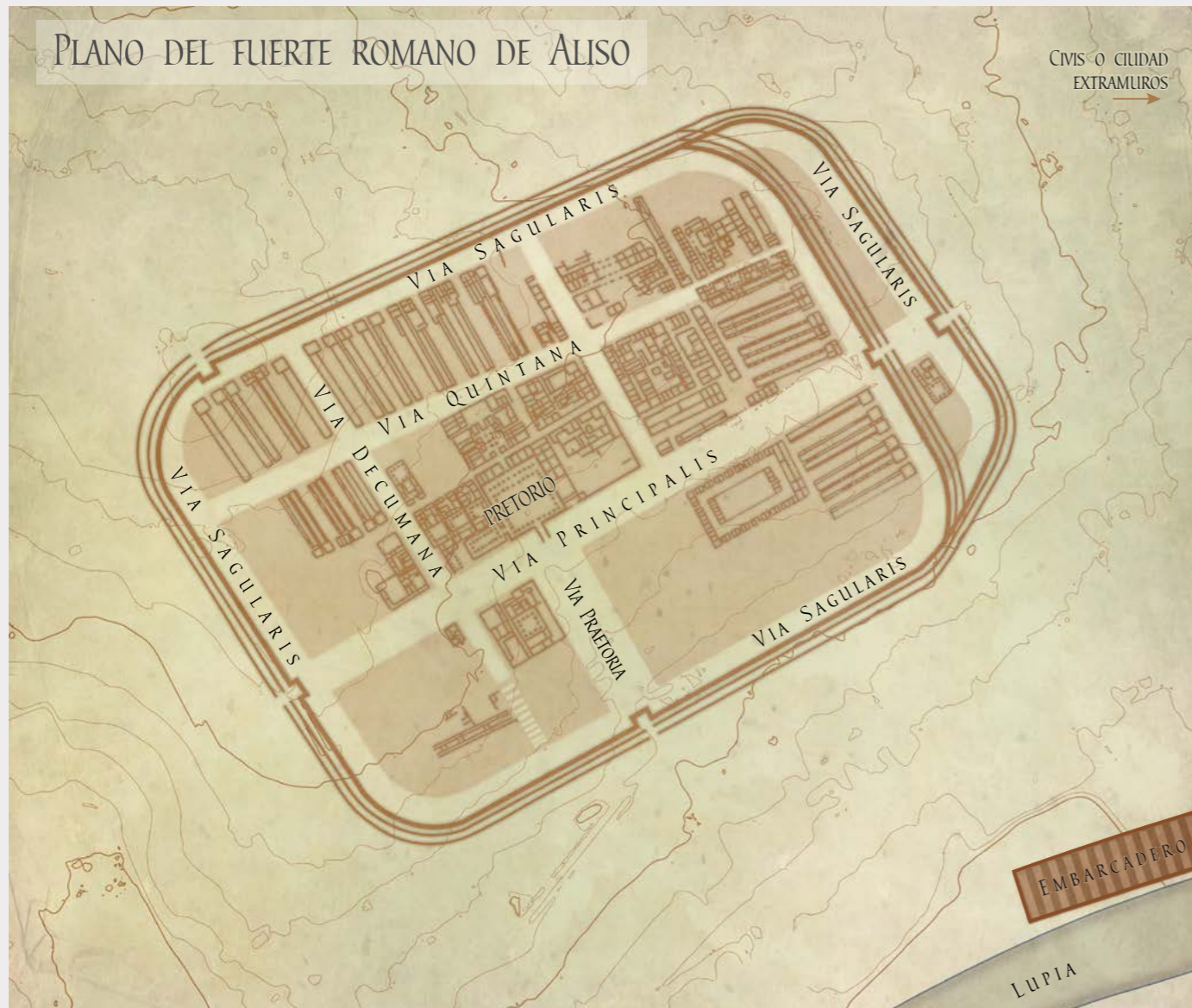
Arminio consiguió destruir por completo al ejército de Varo: tres legiones, seis cohortes y tres *alae* de auxiliares, entre 15 000 y 20 000 muertos, y unos cuantos cientos más que serían sacrificados en los rituales religiosos germanos de los días posteriores. Pocos soldados romanos pudieron sobrevivir y regresar a la otra orilla del Rin; Casio Querea, futuro asesino de Calígula, sería prácticamente el único oficial que consiguió llevar a unos pocos soldados al otro lado del Rin.

El día después

O los días después, pues la noticia tardaría unas jornadas en llegar a los fuertes y los campamentos del Rin. Mientras, tras el saqueo de las columnas romanas y el sacrificio de los prisioneros, Arminio era consciente de que podía convertir un triunfo táctico en una victoria estratégica que permitiera borrar a los romanos de Germania. Arengó a sus tropas para dirigirse al Rin y rematar la operación. Los fuertes romanos que no habían sido tomados ya al asalto, fueron rápidamente abandonados por sus limitadas guarniciones, al aperebirse de las dimensiones de la inesperada amenaza, pero fueron masacradas en su camino hacia el Rin. Hubo una excepción: el campamento fortificado de Aliso (*Haltern am See*), en la confluencia de los ríos Lippe y Stever, defendido por Lucio Cedicio, un veterano *praefectus castrorum* de la legión Decimonovena que contaba con una guarnición de entre una y dos cohortes además de algunas tropas auxiliares, se aprestó a resistir. Rechazando las demandas de rendición, rechazó varios ataques con la ayuda de máquinas de guerra y sus arqueros, por lo que los germanos, incapaces de expugnar la fortificación, decidieron bloquearla.

Cedicio, sin embargo, pronto comprendió que no existía posibilidad alguna de obtener ayuda a corto

PLANO DEL FUERTE ROMANO DE ALISO



plazo, y que una defensa a ultranza de la posición acabaría en capitulación cuando se agotasen sus reservas de alimento. Por ello, decidió evacuar el fuerte, rompiendo las líneas enemigas, e iniciar la retirada hacia el Rin. Aprovechando una fuerte tormenta, una noche inició una retirada sin que los germanos se dieran cuenta, pero una indiscreción alertó a los sitiadores, que atacaron. Al borde de la aniquilación, Cedicio recurrió a un ardid, haciendo avanzar a los *cornicines* (los que tocaban el *cornu*, una especie de tuba) en dirección al río y ordenándoles que, de regreso, tocaran una marcha de ataque, de modo que los germanos creyeron que llegaba una columna de socorro y se retiraron. De este modo, se salvaron los romanos y la campaña, ya iniciado el otoño, se dio por terminada.

Ese es el núcleo de esta novela, *El bosque sombrío*.

El papel de los auxiliares

Siguiendo el modelo organizativo de la legión, los *auxilia* (literalmente, tropas de apoyo) eran *peregrini*, provinciales que carecían de la ciudadanía, que patrulla-

ban las fronteras, apoyaban a las legiones en campaña y protegían las líneas de abastecimiento. Reclutados entre comunidades, poblaciones y tribus de las distintas provincias, así como entre pueblos transfronterizos, mantuvieron en época de Augusto un componente étnico, como la cohorte de astures y cántabros de esta novela.

Los auxiliares se estructuraban en unidades de infantería (*cohortes peditatae*), unidades de caballería (*alae*) y mixtas (*cohortes equitatae*). La infantería se formaba en centurias de 80 hombres, a su vez articuladas en destacamentos de 8 o *contubernia*, la base de la convivencia en el interior de un campamento. Las *alae* de caballería, unidades de 500 jinetes en cada legión, estaban formadas por *turmae* o destacamentos de 32 jinetes bajo el mando de un decurión. Las *cohortes equitatae* eran unidades mixtas de infantería y caballería, formando una cohorte de 6 centurias (480 infantes) y 4 *turmae* (128 jinetes). A todos estos se añadían los arqueros. Tras 25 años de servicio (nueve más que los legionarios), estas unidades recibían el licenciamiento y la ciudadanía como premio.

Inteligencia militar: exploradores y *speculatores*

En la novela, las *turmae* de auxiliares bajo el mando de Marco Quintilio realizan tareas de inteligencia militar como exploradores, empleados sobre todo en labores de reconocimiento: buscar el rastro del enemigo y escoger puntos ventajosos a ocupar por el grueso del ejército, y también seleccionar y custodiar rutas de avance, patrullar en la zona del *limes* y localizar comunidades potencialmente hostiles; y también como *speculatores*: espías o mensajeros que llevaban información valiosa a través de territorio hostil, y especialistas en lo que hoy diríamos que son operaciones encubiertas, de un modo análogo a nuestras actuales fuerzas especiales. La inteligencia relativa a revueltas, por ejemplo, podía ayudar a movilizar tropas, defender una frontera o sofocar un motín. Personajes como Dagomarus o el Nubio realizan labores propias de *speculatores* a lo largo de la novela, pero también como exploradores.

La astucia y audacia de los romanos les permitieron salvarse en Aliso. Supieron emplear y gestionar a los contingentes de *exploratores* y *speculatores* a su alcance a fin de recabar información sobre el enemigo, trazar rutas seguras, detectar amenazas y neutralizarlas mediante contragolpes quirúrgicos. El desastre de Varo en Teutoburgo se debió a no solo a evidentes fallos en la gestión de la información aportada por sus servicios de inteligencia a nivel estratégico, sino también a una absoluta negligencia en el empleo y gestión de sus propias fuerzas especializadas en recabar datos de inteligencia táctica, los exploradores y *speculatores*, que apenas utilizó al considerar que no estaba llevando a cabo una campaña en territorio hostil. En cambio, como buen conocedor de las tácticas y principios militares del Ejército romano, Arminio fue plenamente consciente de los errores que cometió su desprevenido adversario y supo aprovecharlos.

La respuesta romana tras la debacle

Tras el shock inicial y algunos amagos de auténtico pánico colectivo, Augusto y su gobierno dispusieron las medidas oportunas para revertir la crítica situación. De inmediato, Tiberio regresó a Germania para asumir el mando de las fuerzas romanas de la región, junto con los necesarios refuerzos, y de este modo garantizar el control sobre el *limes*, ante el temor de que los germanos invadieran la Galia. Cumplido el objetivo inicial en 10 d. C., empezó a quedar claro que Arminio y los germanos no caerían sobre el Rin, entretenidos en disputas internas. Aunque Arminio era el líder germano en la rebelión, cada pueblo decidía cuándo regresaba a su territorio y cuándo se reagrupaban bajo sus órdenes. Consciente de esta circunstancia, Tiberio inició su contraofensiva ese mismo año, internándose en el valle del Lippe desde Mogontiacum, y en el norte de Germania desde el mar del Norte, operaciones que se repitieron, con mayor alcance, en 11 d. C. Ante la eventualidad de que Augusto falleciera, Tiberio, su ya designado sucesor, regresó a Roma y fue su sobrino Germánico el enviado a la zona en 14 d. C.

El nuevo comandante asumió el mando sobre dos ejércitos integrados por un total de ocho legiones, veintiséis cohortes y ocho *alae* de caballería. No queda claro si el objetivo era recuperar total o parcialmente la Germania Magna (al menos por parte de Tiberio), pero era evidente que habría operaciones de castigo y venganza por el desastre en Teutoburgo. Tras sofocar un motín en sus fuerzas, descontentas por el reenganche forzoso de veteranos en sus filas y los retrasos en la concesión efectiva del licenciamiento honroso (*honesta missio*) a quien ya le correspondiese, a finales de 14 d. C. las fuerzas romanas pudieron comenzar sus operaciones en el interior de Germania. El primer objetivo fueron los marsos, reprimidos a lo largo del valle del Lippe y batidos en una batalla campal.

En la primavera de 15 d. C., Germánico y su segundo al mando, Aulo Cecina, lanzaron dos nuevas ofensivas que culminaron exitosamente con la recuperación del *aquila* de la legión Decimonovena y con la llegada al pavoroso escenario de la masacre de Teutoburgo. Allí, Germánico y sus tropas pudieron evaluar la verdadera magnitud del desastre, enterrar a los muertos y honrar su memoria con la erección de un túmulo conmemorativo. Al llegar el otoño, ambos ejércitos se replegaron a sus bases del Rin; Cecina, incluso, se libró de sufrir una derrota similar a la de Teutoburgo en la batalla de los puentes largos. En 16 d. C. Germánico repitió la misma estrategia: lanzó al cuerpo principal de sus fuerzas contra Germania por vía marítima, en tanto contingentes secundarios atacaban sobre los ríos Lippe y Meno. Desesperado ante el acoso romano y una creciente pérdida de apoyos, Arminio por primera vez se decidió a presentar batalla campal en Idistaviso, donde fue derrotado sin paliativos, no pudiendo después contener el avance de Germánico en el llamado terraplén de los angriarios (una fortificación lineal levantada por estos, en el pasado, para defenderse de los queruscos). Los romanos optaron entonces por regresar a casa a través del mar del Norte, travesía en la que una violenta galerna dispersó y hundió buena parte de sus naves. Germánico hubo entonces de reafirmar sus éxitos sobre el campo con una tardía intervención sobre catos y marsos, y pudo recuperar la segunda de las águilas perdidas en Teutoburgo.

Una prevista campaña para 17 d. C. fue cancelada por Tiberio, que ordenó consolidar las posiciones sobre el Rin y el regreso de Germánico a Roma para celebrar un triunfo por sus éxitos, antes de destinarle a Siria. A partir de entonces, el Rin marcaría el límite del dominio provincial romano y cesaba toda campaña a gran escala más allá de sus orillas. Arminio, sin embargo, no pudo disfrutar demasiado de este éxito parcial, pues fue asesinado en 19 o 21 d. C. por la nobleza de su propio pueblo, harta de sus maquinaciones y temerosos de que pretendiera erigirse en una especie de soberano absoluto.

DRAMATIS PERSONAE

Marco Quintilio

Comandante de la cohorte de auxiliares astures y cántabros, Quintilio procede de una buena familia romana establecida en Hispania. Dirige con mano izquierda a sus auxiliares, apoyándose en su segundo al mando, Bodo. En un principio mantendrá una relación conflictiva con el tribuno de la legión Quinta *Alaudae*, pero pronto aprenderá a gestionar su ego y a dar lo máximo posible para salvar la situación en Aliso.

Bodo

Centurión de los auxiliares astures y cántabros, es el leal lugarteniente de Quintilio. Firme con sus hombres, sabe mantener la disciplina y se abrirá a colaborar con Publio Celio, centurión primipilo de la Quinta *Alaudae*, pues ambos son conscientes de que un trabajo coordinado entre auxiliares y legionarios será esencial para poder salir con vida de las consecuencias de Teutoburgo. Con Bodo al frente, la cadena de mando en la cohorte auxiliar de astures y cántabros no corre peligro.

Murilo

Es el jefe de la escuadra de exploradores de la cohorte y una de las piezas esenciales para el mantenimiento de la unidad. Decidido y arrojado en las diversas operaciones, oculta el trauma de una debacle anterior en el Ilírico –aunque a alguno se le escapará que algo le sucede–, «personificada» en un particular fantasma que se le aparece en momentos de crisis y le hace dudar de su propia capacidad. Luchar para sobrevivir y para superar sus propios miedos será la misión de Murilo en esta novela.

Nubio

Es un explorador procedente de Nubia (de ahí el sobrenombre que le ponen sus compañeros auxiliares), que además realiza tareas de *speculator* infiltrándose en las líneas enemigas. Cree en los espíritus y tiene una particular manera de hablar; establece una relación prácticamente parental con Mania Laberia, una niña superviviente de una familia que los germanos masacraron justo después de Teutoburgo.

Dagomarus

Un explorador, como el Nubio, también realiza acciones como *speculator* en territorio enemigo. Su rasgo físico más característico es que tiene los ojos de diferente color, pero lo relevante es que oculta un pasado oscuro en Roma, en particular en Ostia. No especialmente amigable, todos creen que es peligroso, pero también alguien con quien se puede contar en momentos terribles como los que suceden en la novela.

Sexto Vinicio

Tribuno laticlavio de la legión Quinta *Alaudae*, Vinicio es un joven miembro de la exclusiva élite senatorial y uno de los pocos que conoce en persona a Arminio. Su actitud soberbia y prepotente, fruto de esa exclusividad social en la que siempre se ha movido, choca a menudo con la de Quintilio; pero se revelará como un competente comandante militar cuando las cosas vayan mal dadas.

Publio Celio

Centurión primipilo de la legión Quinta *Alaudae*, es un militar conciencioso pero que no mira por encima del hombro a auxiliares como Bodo y Murilo. Siempre acompañado de su perro moloso *Ferox*, como buen centurión impone orden, autoridad y algo de empatía con los hombres a su mando. Su hermano, Marco Celio, centurión también en la legión Decimoctava, es un personaje histórico que cayó combatiendo en Teutoburgo.

Lucio Cedicio

Praefectus castrorum, es el comandante del campamento de Aliso y de los primeros comandantes que deberá hacer frente a las consecuencias del desastre de Teutoburgo. Acompañado de su secretario Antíoco, Cedicio deberá evaluar las opciones de resistencia en el fuerte ante el asedio de Arminio y sus germanos. Curtido en el servicio militar, antaño tuvo al gran Marco Agripa (mano derecha de Augusto) como comandante y ahora, en estas oscuras circunstancias, espera estar su altura.

Cayo Estacio

Optio de la legión Decimoctava, es uno de los pocos supervivientes del desastre de Teutoburgo. Herido de gravedad al llegar a Aliso, su testimonio de lo que ocurrió en aquellos días será la primera fuente de información que tendrán Cedicio, Vinicio y Quintilio, así como una perspectiva de quien, como todos aquellos legionarios y oficiales muertos, se sintió abandonado por su comandante en jefe.

Segiburga

Sanadora, pronto médica, germana, su pueblo es el de los marcomanos. Conoce de cerca la guerra, pues su familia fue masacrada y los queruscos de Arminio no les ayudaron. Ha aprendido a tratar a los heridos y, de hecho, se encarga de aquellos casos que los médicos militares dan por perdidos. En una novela eminente y lógicamente masculina por el ámbito que trata, Segiburga aporta una óptica femenina en consonancia con las mentalidades de la época.

FANTASMAS EN LA SELVA DE GERMANIA

por Alberto Pérez Rubio

Fantasmas. Fantasmas como los que miran al centurión en la maravillosa cubierta de esta novela, mientras protege, sin esperanza, la sacrosanta águila de la *legio XIX*. Fantasmas que acosan sin pausa a un auxiliar cántabro. Fantasmas de sus conmitones, muertos en una emboscada en Iliria, de la que el escapó por cobardía. Fantasmas que atenazan sus noches y que le embrujan en medio del combate. Fantasmas como los de los miles de soldados de las tres legiones exterminadas en las selvas de Germania, en Teutoburgo, que se le aparecían a Augusto en sus pesadillas: “¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!”. Muchos fantasmas flotan entre las páginas de una novela que consigue, y de qué manera, meterlos en la piel de un puñado de supervivientes de aquel desastre. Cuando toda la orilla derecha del Rin arde y el control romano sobre la zona se deshace como un castillo de naipes azotado por un vendaval, Aliso, un fortín a orillas del río Lupia, servirá de refugio a los escasos fugitivos del desastre y a algunos legionarios y auxiliares astures y cántabros de la *legio V Alaudae*. Aislados y aterrorizados antes la magnitud de la derrota sufrida, tendrán que resistir el embate de los germanos, y el prefecto Lucio Cedicio tendrá que tomar decisiones cruciales: ¿claudicar, fiando en la clemencia de Arminio, traidor a Roma?, ¿resistir, con la espada de Damocles del hambre, en espera de una ayuda improbable?, ¿intentar romper el cerco enemigo y ganar la otra orilla del Rin? Son muchas las novelas que se han acercado al mundo militar romano, a sus legiones, a sus batallas y a sus grandes generales, y especialmente me vienen a la mente las divertidas aventuras de Cato y Macro, de Simon Scarrow, la desolación de *El águila en la nieve*, de Wallace Breem, o la recreación que Luis Manuel López hace del asedio a Cartago en su *Tiberio Graco. Tribuno de las legiones*, editado también por Desperta Ferro. Pero pocas lo han conseguido con la verosimilitud de *El bosque sombrío*, que toma como punto de partida un episodio real –la resistencia del fuerte de Aliso, acaso situado en el excavado en Haltern am See–, que conocemos gracias a escuetas menciones en Veleyo Patérculo y Dión Casio. Antonio Carrasco Álvarez, al que muchos lectores conocerán por su excepcional *Guerrilla. Una historia nueva de la Guerra de la Independencia*, escribe una novela bélica que no solo atrapa por el ritmo y la intensidad con la que describe la ordalía de unos hombres desesperados –y mujeres y niños, que también acompañaban a los legionarios y sufrieron sus cuitas–, sino que lo insufla de vida y de realismo. Y es que, aunque el autor sea por su trayectoria investigadora experto en la época napoleónica, hay realidades humanas que trascienden tiempos y espacios. Una de esas realidades es la experiencia del combate, del dolor, físico y mental, que viven aquellos que han tenido

que afrontar a Caronte rodeados de camaradas, ya sea con la espada ya sea con el fusil en la mano. La parca no entiende de distingos cronológicos ni tecnológicos. *El bosque sombrío* es una novela en la que, bajo una trama trepidante, se adivina una entramado de muchas lecturas sobre historia militar, un andamiaje que permite al autor recrear de manera convincente mentalidades muy alejadas de la nuestra –sea la de un legionario agotado o la de unos germanos imbuidos de furia *berserker*–, y describir combates y heridas que asustan y que duelen, que sufren seres de carne y hueso, que se angustian y que mueren, no superhéroes en loriga *segmentata*. Magistral me parece cómo el autor consigue recrear el trastorno de estrés postraumático que sufre uno de sus personajes, pero interpretándolo desde las coordenadas mentales y espirituales de la Antigüedad; un trastorno que permea, como hoy sabemos, la experiencia de un ser humano metido de lleno en una guerra, pero que pocas veces vemos reflejado en la ficción histórica, tan proclive a pintar imposibles guerreros del antifaz y no seres humanos fallibles y quebradizos, que es como somos. Quizá me estoy poniendo demasiado solemne –¿cómo no hacerlo cuando hablas de guerra y de muerte?–, porque *El bosque sombrío* se lee, sobre todo, como una apasionante novela bélica, una que encantará a aquellos lectores que hayan disfrutado con los libros de Sven Hassel, pero también con ficciones audiovisuales como la magistral *Hermanos de sangre*. Una novela que es, además, original por la multitud de puntos de vista que da para un mismo episodio, que viviremos como un auxiliar cántabro atenazado por viejos remordimientos, pero también como una mujer germana e improvisada médica, como una niña cuya familia ha sido masacrada o como un guerrero germano ebrio de gloria y de venganza. Personajes, como un explorador nubio enrolado en las águilas después de conocer las cadenas, o como uno de sus compañeros, cuyas turbias acciones acaban desvelando un pasado más turbio todavía, cuyas vidas pasadas se van desplegando a lo largo de las páginas, para explicarnos porqué todos pugnan por sobrevivir en un perdido rincón de Germania en septiembre del año 9 d. C. Y una confesión final. A uno le cuesta quitarse los anteojos de investigador del mundo antiguo cuando se acerca a la época a través del prisma de la ficción. Siempre hay pegas, siempre hay anacronismos, siempre hay ese prurito de pegarse a las fuentes clásicas y a la arqueología, de intentar afeardar algo al autor que ha cometido el sacrilegio de hollar el campo de estudio de uno. Pues bien, con *El bosque sombrío* mis anteojos de erudito repelente se han hecho añicos: he disfrutado como se merece una novela histórica. Metido hasta el corvejón en sus páginas, que han corrido tan rápido como corren las aguas del Rin.



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a Antonio J. Carrasco Álvarez, doctor en Historia Contemporánea por la UCM, Premio Tesis Doctoral del Real Colegio de Licenciados y Doctores y Premio Internacional de Historia Ateneo Jovellanos (Gijón). Ha publicado en *Desperta Ferro*, *Spagna Contemporánea* y *Revista de Historia Militar* y es autor del libro *Guerrilla. Una nueva historia de la Guerra de la Independencia*. *El bosque sombrío* es su primera novela.

Una primera pregunta es casi obligada: ¿cómo un autor de monografías del siglo XIX acaba por escribir una novela histórica, su debut en el género, sobre romanos (no estrictamente, luego comentaremos) en los primeros años del siglo I de nuestra era?

La ventaja de escribir una novela ambientada en un período muy alejado del tuyo, sobre todo porque es la primera, es que puedes centrarte en tu faceta de novelista, de contar una historia, más que en la académica, de historiador. Creo que es uno de los problemas principales de los historiadores cuando entramos en el mundo de la ficción: si sabemos demasiado, la tenta-

ción de contar todo lo que sabes –¡y poner notas a pie de página!– es casi inaguantable.

En cambio, al ambientar la historia en una época que conozco bien pero que no es en la que estoy especializado, me resulta más fácil tomar distancia de la historia y centrarme en la narración y en los personajes.

¡Además es la idea que más le gustó a Alberto, mi editor!

La guerrilla en la Guerra de Independencia hace frente a un invasor, la Francia napoleónica, y en este caso te sitúas en Germania, con los queruscos y otros germanos liderados por Arminio, hasta entonces un fiel aliado romano. ¿Qué te llevó a este tema en particular, la revuelta germana contra Roma?

Aunque suene a tópico cierto es que hace muchos años, desde que era un licenciado recién salido de la Facultad, que le llevaba dando vueltas a una historia sobre Teutoburgo. No sobre la batalla en sí, sino sobre las consecuencias para los supervivientes. La primera idea –todavía conservo el borrador en algún

sitio, ¡escrito a bolígrafo en un cuaderno de anillas!– era muy distinta, más un drama judicial que una novela de aventuras militares. Era la época en la que John Grisham estaba de moda y reconozco que me seducía la idea de enmarcar una historia de ese tipo en la Roma imperial.

Además, y esto fue decisivo, me permitía explorar con libertad un tema que me fascina: la frontera. Germania, el Rin, el Lupia, los bosques, eran al mismo tiempo barreras psicológicas y lugares de encuentro e intercambio. Unas veces hostiles, como en el caso del desastre de Varo, otras sorprendentemente amistosas. Eso es, en parte, lo que he querido reflejar en *El bosque sombrío*. No todos los germanos son hostiles. Algunos –Arminio, antes de liderar a las tribus en la revuelta contra los romanos, pero también otros–, como reflejo en la novela, son aliados; tal vez de conveniencia, tal vez por compartir enemigos comunes, pero no son el bárbaro desquiciado que servía como tropo a los historiadores clásicos.

El desastre romano en Teutoburgo es lo que ha sucedido justo antes de que empiece tu novela. Una derrota sin paliativos para Roma, que además perdió todo lo conquistado en las casi tres décadas precedentes. Todo un trauma para la Roma de un ya anciano Augusto, ciertamente...

Sin duda, y además en un momento crítico para Augusto. La revuelta iliria todavía no ha sido sofocada cuando Arminio solivianta a las tribus y destruye al ejército de Varo. Aunque no existen evidencias sólidas de que hubiera una «conspiración» entre ilirios, tracios y queruscos, no se puede descartar que la decisión de Arminio de levantarse contra Roma estuviera inspirada directamente por la revuelta iliria.

Un problema que tenemos a veces los historiadores es que sabemos (o creemos saber) a dónde llevó una secuencia de acontecimientos: Cartago fue destruida; Mitrídates tuvo que suicidarse; Marco Antonio y Cleopatra fueron derrotados en Actium; Arminio terminó siendo asesinado por sus propios hombres. Eso nos lleva, en ocasiones, a ver el pasado como una sucesión de eventos inevitables. Roma no iba a tolerar que Arminio escapara impune, faltaría más. Y, sin embargo, eso es una teleología. Roma no siempre pudo castigar a sus enemigos. El estallido de una guerra civil, la necesidad de asegurar el trono para el candidato del ejército... y las operaciones en

las fronteras se paralizaban. Imaginad que, a la muerte de Augusto, Tiberio hubiera sido un poco menos popular y Germánico un poco más; y que le hubieran aclamado como *princeps* incluso en contra de su voluntad. Tal vez Arminio hubiera pasado de ser un enemigo del Senado y el Pueblo de Roma, a convertirse, de nuevo, en aliado. No pasó, por supuesto. Tiberio ascendió a la púrpura, Germánico se mantuvo leal y Arminio murió asesinado; pero podría haber ocurrido de otra manera.

Con esto quiero decir que Arminio no se subleva por capricho, ni a la desesperada. Está convencido de que puede ganar; de que puede unir a las tribus, bajo liderazgo querusco, y crear un centro de poder alternativo a Roma en Germania.

Teutoburgo no fue la primera vez, ni sería la última, que los germanos fueron capaces de derrotar de una forma decisiva a un ejército romano. Sin embargo, fue diferente. Fue la primera gran derrota que sufrió Roma desde que Augusto había alcanzado la dignidad de *princeps*. Los astures, cántabros, tracios e ilirios habían logrado triunfos parciales contra ejércitos romanos, sin duda, pero ninguno de la magnitud del desastre de Varo.

Es interesante que la trama de tu novela se inicie apenas unos pocos días después de producirse la

debacle romana en los bosques de Germania, antes incluso de que se enteraran en Roma. ¿Te permitía esa inmediatez jugar con las primeras sensaciones (incredulidad, shock, deseos de venganza) de los ro-

«Arminio no se subleva por capricho, ni a la desesperada. Está convencido de que puede ganar; de que puede unir a las tribus, bajo liderazgo querusco, y crear un centro de poder alternativo a Roma en Germania.»

manos allí acantonados?

En parte, pero sobre todo lo que quería era imaginar qué pudo significar para las tropas romanas y auxiliares desplegadas en el interior de Germania el enterarse de qué estaban solas, aisladas en medio de un territorio hostil. Los bosques primigenios que existían en la región en el siglo I eran, para los romanos, lugares inquietantes, alejados de lo que ellos veían como el mundo civilizado.

De nuevo es la idea de frontera. Y la rebelión de Arminio es, en ese sentido muy interesante por el personaje de Arminio mismo. Parecía una historia más de éxito de los procesos de integración de las élites nativas dentro de la cultura romana, de las redes de clientela y patronazgo que articulaban la sociedad romana y que hemos dado en llamar «romanización»;

soy consciente de que hay muchos matices dentro del concepto romanización, pero para nuestros propósitos sigue siendo válido.

El ataque por sorpresa contra el ejército de Varo iba más allá de una simple revuelta. Arminio había sido huésped de las élites romanas; parecía integrado y, para ellos, de repente, ¡zas!, traiciona a Varo y aniquila a su ejército.

En la novela quería mostrar ese choque emocional; la incredulidad con la que los jefes romanos supervivientes debieron ver la revuelta liderada por Arminio. No era un bárbaro más: era casi un romano, pero había renunciado a la civilización (desde el punto de vista romano, por supuesto) para abrazar su «barbarismo».

Aun siendo una novela coral, pones el foco de tu novela en una unidad de auxiliares astures y cántabros, en concreto de exploradores. ¿Tenías claro que los Bodo, Murilo, Nubio y demás serían tus protagonistas?

Originalmente había pensado centrar la historia en un único protagonista. El viaje del héroe, en cierto modo. Un individuo excepcional en unas circunstancias excepcionales. Pronto, me di cuenta de que no funcionaba para la historia que quería contar.

No soy militar.

Hice la mili como la mayoría de mi generación, pero esa fue toda mi experiencia en la milicia ¡y encima estuve destinado en una biblioteca! Era un civil con uniforme. Sin embargo, he pasado los últimos cuarenta años entre papeles, libros, memorias y diarios escritos por soldados, desde generales hasta soldados rasos; y, si algo me ha quedado grabado a fuego es una constante en todas ellas, incluso en las de los más narcisistas: la guerra es un deporte de equipo. Un único individuo heroico puede tener un impacto puntual en los acontecimientos, pero cuando las hostilidades se extienden a lo largo de las horas, los días, las semanas, es la cohesión del grupo, de la banda de hermanos (el *contubernium* romano), la que marca la diferencia. Los Bodo, Murilo o el Nubio fueron cobrando vida propia.

Sí que tenía claro que quería que los protagonistas fueran auxiliares. En esta época no eran unidades tan formales como lo llegarían a ser más adelante, lo que me daba la oportunidad de introducir personajes muy variopintos ¡Como el Nubio! Una de las ventajas que tiene la Antigüedad como escenario es que te permite una libertad creativa que es difícil encontrar en otros períodos mejor documentados.

Y eso que la época de Augusto es una de las que mejor conocemos, pero aun así hay suficientes zonas grises como para dejar que el novelista rellene los huecos con posibilidades más que con certezas. ¡Esa es la gran ventaja que tiene sobre el historiador! ¡Solo le hace falta ser verosímil! Estas unidades auxiliares tempranas me daban esa apertura.

Marco Quintilio, de origen hispano y de buena familia, es el prefecto de esta unidad auxiliar. Un romano de fuera de Roma, ¿también quisiste explorar esta opción desde el principio?

Sí, sin duda. De hecho, Marco iba a ser el protagonista absoluto antes de que decidiese ampliar el foco. Como comentaba antes, la literatura te permite imaginar situaciones que siendo verosímiles no han dejado registros explícitos en las fuentes. Las relaciones entre Sexto Vinicio (de familia senatorial, en la Ciudad) y Marco Quintilio (romano «provincial») giran alrededor de las potenciales tensiones entre «metropolitanos» y «provinciales». En última instancia ambos eran ciudadanos romanos, pertenecientes a las élites –aunque Sexto Vinicio un poco más élite que Marco Quintilio–, e integrados dentro de redes clientelares que, seguramente, tenían muchos puntos de contacto. Ahora bien, algunos de estos provinciales habían ido acumulando riquezas y poder, y eso era un desafío (o podía serlo) para las familias tradicionales que no habían abandonado Roma. En tiempos de Augusto, las segundas todavía eran mucho más influyentes que las primeras, pero como prueban casos como el de Trajano, las familias romanas provinciales iban, poco a poco, adquiriendo más poder, y eso, casi con toda seguridad, debía

provocar fricciones entre unas y otras. En un trabajo académico no podría introducir esa idea sin apoyarla en evidencias muy sólidas; en una novela, en cambio, puedo explorar esas fricciones sin romper los límites de la verosimilitud.

Tu Arminio, quien con el tiempo se convertirá en el Hermann del nacionalismo alemán del siglo XIX, es también interesante. Sabemos muy poco de él, ¿cómo quisiste plantearlo en tu novela?

En *El bosque sombrío* Arminio es un personaje secundario, ya que no quería que robase el protagonismo a los romanos. Sin embargo, sigue siendo fundamental para el desarrollo de la historia, ya que sus acciones, necesidades y expectativas condicionan, a la vez que restringen, las decisiones que pueden tomar los protagonistas de la historia.

Para mí, Arminio se encontró ante un dilema después de su gran victoria sobre Varo: qué hacer con las guarniciones romanas. Algunas, como Aliso, estaban en medio de Germania, lo que hacía de ellas un trampolín ideal para un eventual contraataque romano. Ahora bien, el tiempo disponible para capturar los fuertes y destruir a las guarniciones era limitado. Y Arminio no lideraba un ejército profesional, sino a una coalición de bandas tribales, cada una de ellas bajo el liderazgo de sus propios caudillos, a quienes que había que convencer para extender su tiempo de servicio. O eso, al menos, es lo que creemos saber acerca de cómo funcionaban los ejércitos germanos de esa época.

Dicho de otro modo, Arminio lideraba por el ejemplo y por su habilidad para conseguir victorias, pero era un caudillaje frágil, sujeto a presiones y continuos desafíos. De hecho, sabemos –o al menos eso es lo que las fuentes romanas nos dicen– que terminó siendo asesinado por sus propios seguidores, cuando las victorias se transformaron en derrotas y una continua persecución por el ejército liderado por Germánico.

Yo quería reflejar esa continua presión sobre Arminio a lo largo del asedio; como si igual que él estaba sitiando a los romanos en Aliso, sus propios hombres

lo sitiaban a él, pues exigían resultados. ¡Y no cuento más, que no quiero destripar la historia!

Hay una cuestión que no suele tratarse en las «novelas de romanos», en particular en las de ámbito militar, y es lo que hoy podemos denominar como el trastorno por estrés postraumático, y que digamos que sufre uno de tus personajes. Conocido a partir de la Primera Guerra Mundial, en tu novela asume una dimensión particular. ¿Lo tenías previsto antes de empezar a escribir o surgió durante el proceso de escritura?

Lo tenía previsto, aunque en otro personaje. Uno de los aspectos más fascinantes del mundo antiguo es lo similar, pero al mismo tiempo diferente, que es del nuestro. Nos parece tremendamente familiar, y cuando pensamos «¡Ah, eran como nosotros!», aparece un comportamiento, una visión del mundo, que nos resulta tan ajena como chocante. Los traumas provocados por la experiencia de la guerra no son nuevos, aunque ahora les hayamos asignado una etiqueta científica para incluirlos en los manuales de psiquiatría ¿Cómo los interpretaban las gentes en la Roma de Augusto? ¿Cómo verbalizaban la patología cuando no tenían palabras específicas para definirla o ni siquiera se reconocía la existencia misma del trauma como tal?»

Existen textos cuneiformes en acadio que hablan de soldados supervivientes de campañas especialmente duras que veían fantasmas, hablaban solos o que se quedaban ensimismados en sus pensamientos, incapaces de hablar, comer o incluso beber. Son referencias fragmentarias, así que no sabemos si era debido a traumas psicológicos o a heridas sufridas en la cabeza.

Pero tiene sentido. Una de las formas que nuestros antepasados tenían de explicar lo inefable era el recurso a la idea de espíritus o fantasmas que poseían a sus víctimas y les provocaban cambios de personalidad. Puede que fuera lo que hoy llamamos síndrome de estrés postraumático, o alguna otra forma específica de trauma psicológico. Sin embargo, creo

que encaja en el contexto de la historia, le da peso dramático y me ayudaba a desarrollar el arco del personaje. Era demasiado interesante como para dejarla pasar de largo.

Tu novela, tremendamente amena, también hace hincapié en la medicina militar y con el caso de una mujer germana, Segiburga, una «sanadora» que se va convirtiendo en toda una «médica». Conociendo tu pasión por lo napoleónico, me surge la curiosidad de si te inspiraste en alguno de los médicos del ejército del emperador francés...

La verdad es que no. La inspiración del personaje surgió de una conversación en Twitter con Patricia González, la directora de *Desperta Ferro Arqueología e Historia*. Mi visión de los roles femeninos en Roma era, por decirlo amablemente, un poco limitada. Patricia hizo mucho hincapié en que las romanas eran mucho más variadas que lo que, por lo general, se les atribuye. Había mujeres que se dedicaron al comercio, las manufacturas o la medicina ¿Era posible encajar un personaje así en un fuerte aislado en mitad del *barbaricum*? ¿Qué roles eran verosímiles?

En su primera iteración, Segiburga iba a ser una viuda romana, que dirigía un negocio de suministro de vino y *garum* para las legiones en Germania. La imaginaba como interés romántico del protagonista. Pronto me di cuenta de que no encajaba con la historia que quería contar, así que la descarté.

Pero no estaba satisfecho. Me faltaba un personaje que sirviera de nexo entre el mundo civil y el militar; entre Roma y Germania. Así «nació» Segiburga. Tenía que contestar algunas preguntas: ¿Cómo llegó a Aliso? ¿Por qué es un personaje importante? ¿Qué es lo que la hace ser un individuo con una personalidad, aspiraciones y deseos propios? Esto es, qué es lo que hace que sea humana y no un simple artefacto literario cuya función es que la historia avance; lo que en el mundo del cine llaman un *macguffin*. Su rol como médico, como sanadora, me permitía darles una respuesta que fuera lógica, que el lector no se preguntara «¿Y esta? ¿Qué pinta aquí? ¿Por qué es relevante?».

«Mi visión de los roles femeninos en Roma era, por decirlo amablemente, un poco limitada. [...] Había mujeres que se dedicaron al comercio, las manufacturas o la medicina ¿Era posible encajar un personaje así en un fuerte aislado en mitad del barbaricum? ¿Qué roles eran verosímiles?»

Otro elemento que destaca en tu novela es la camaradería de los personajes, una especie de *esprit de corps* que, al margen de las diferencias sociales o incluso «étnicas», impregna paulatinamente a todos los personajes «romanos». ¿Te costó llegar a ese nivel de compañerismo, que en muchos aspectos es difícil de transmitir para quienes no conocen de cerca una unidad militar?

Sí, este fue uno de los aspectos que me resultaron más complicados de representar ¡junto con el de evitar anacronismos como usar minutos o segundos para medir el tiempo!

El problema era caer en el exceso de exposición. En contar como era la camaradería en vez de *mostrarla* a través de la acción. O caer en el melodrama, que es la otra gran tentación. ¡Tendríais que ver algunos de los primeros borradores que terminé por descartar! Tenía que recordarlo cada dos por tres. Uno de los grandes aciertos de la serie *Hermanos de sangre* era ese, precisamente: mostraban, no exponían, los lazos de solidaridad y hermandad que se forman en los grupos primarios en contextos militares. Eran pequeños gestos: compartir una lata de comida, hacer sitio ante el fuego a tu camarada que acaba de terminar su guardia, escucharle cuando hablaba de su familia. No hacía falta que te contaran que eran camaradas; tú, como es-

pectador, lo veías en cada gesto de forma inconsciente, iba calando poco a poco.

Ese era el modelo, salvando las distancias, naturalmente –insisto en lo que dije antes: somos parecidos, pero muy diferentes–, en el que me inspiré para reconstruir las relaciones entre los personajes de mi novela.

Eres muy activo en redes sociales, ¿cómo ves la divulgación sobre la antigua Roma, ya sea en monografías o en novelas históricas en los mundos cibernéticos? ¿Mucho ruido o también hay nueces?

¡Uf! Pregunta complicada de responder. Aunque suene a perogrullada hay de todo, como en botica. En las redes sociales he visto escribir muchas tonterías (seguro que yo he contribuido a decir alguna), pero también he

«Uno de los grandes aciertos de la serie *Hermanos de sangre* era ese, precisamente: mostraban, no exponían, los lazos de solidaridad y hermandad que se forman en los grupos primarios en contextos militares. Eran pequeños gestos: compartir una lata de comida, hacer sitio ante el fuego a tu camarada que acaba de terminar su guardia, escucharle cuando hablaba de su familia. No hacía falta que te contaran que eran camaradas; tú, como espectador, lo veías en cada gesto de forma inconsciente, iba calando poco a poco.»

encontrado algunas gemas, que hacen que merezca la pena continuar en ellas. Libros que no hubiera conocido sino hubiera sido porque alguien los recomendaba en su cuenta, ediciones que me hubieran pasado desapercibidas, debates que me han descubierto líneas de investigación de las que no estaba al tanto. Hay cuentas de numismática que son una fuente inagotable de información.

El famoso algoritmo tiene la ventaja (y la desventaja) de que nos da lo que buscamos. Sí, de repente

un día nos empiezan a salir mensajes de auténticos desnortados que no hay por dónde cogerlos, pero tenemos la posibilidad de decidir pasar de largo e ignorarlos, o de entrar al trapo. Tenemos que recordar el refrán ese de los cerdos y el barro: ellos lo disfrutaban y tú terminas embarrado. Al algoritmo le da igual. Si pasas de largo y en cambio interactúas con las cuentas que merecen la pena (¡para ti, claro!), te ofrecerá ese contenido y el otro irá desapareciendo poco a poco. ¡Es difícil resistir la tentación! Confieso que caigo en más de una ocasión.

De momento están aquí y es con lo que tenemos que vivir. Somos nosotros quienes debemos decidir con quién y cómo nos relacionamos. En mi caso lo que peor llevo ¡es la cantidad de libros interesantes que se están publicando o se van a publicar! ¡No me da la vida! (solo de *Desperta Ferro*, *Urraca* y *Romanas* me están poniendo ojitos).

Para terminar: tras iniciarte en la senda de la ficción histórica, ¿tienes pensado continuar en este período en una próxima novela o te apetece «dar el salto» a otra época y lugares? Si es que nos puedes adelantar algo, claro...

Tengo algunas ideas, tanto de «romanos» (un poco más adelante en el tiempo) como de otras épocas, pero antes de adelantar nada, ¡tengo que hablarlo con mi editor!



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Dramatis personae

Prólogo. El águila

Primera parte. *Auxilia*

Segunda parte. Aliso

Tercera parte. La retirada

Epílogo

Nota del autor

Posfacio: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!», por David Soria Molina



© Pablo Outeirral

DOSIER DE PRENSA

1

Bodo hizo un gesto para alejar el mal de ojo, mientras acariciaba uno de los amuletos que llevaba colgado al cuello. Empezó a llover. Las hayas, robles y alisos se agitaron con el viento. El sonido que hacía al mover las copas de los árboles le recordaba la respiración de un gigante intentando despertarse de una pesadilla.

Sin saber muy bien por qué, rememoró una historia medio olvidada, cuando aún era un niño, acerca de monstruos peludos con un solo ojo que vagaban por los bosques robando ganado y raptando bebés. Miró hacia el bosque, sintiendo como si este le devolviera la mirada. Reprimió un escalofrío.

—Hay algo en este país que no encaja conmigo. Demasiados árboles, demasiado juntos.

—También hay bosques en Iliria. ¡Y en tu tierra! —le respondió Quintilio enarcando una ceja.

—Cierto, pero no son como los de Germania. Allí, los bosques son solo eso: bosques, pero ¿aquí? —Bodo abrió las manos y se encogió de hombros.

Esbozó una media sonrisa.

—Nada es peor que Germania.

Al igual que Bodo, Quintilio tampoco conseguía sacudirse una vaga sensación de inquietud, que se había asentado en la boca de su estómago desde que habían cruzado el Rhenus.

—Podríamos habernos ahorrado la caminata si hubiéramos usado las barcazas y remontado el Lupia —gruñó Bodo entre dientes.

No fue Quintilio quien tomó la decisión, sino Sexto Vinicio, el tribuno de la legión Quinta *Alaudae*. No le había explicado sus motivos. Vinicio era de rango senatorial y su padre había sido cónsul, así que si quería usar los carros de la legión en vez de remontar el río, Quintilio no iba a discutirlo.

Vinicio iba montado en un espléndido caballo castaño de raza hispana. La silla estaba ricamente decorada, al contrario que las más sencillas que utilizaban Quintilio y sus auxiliares. La túnica y el *paludamentum*, la capa rectangular que se sujetaba al hombro, eran de buen material, al igual que el sombrero de ala ancha con el que se protegía de lluvia; podría reclutar una centuria solo con el dinero que costaban las ropas que llevaba puestas.

—Al menos no ha sacado el casco ni la armadura —comentó Bodo socarrón al ver hacia dónde se dirigía la mirada del prefecto.

Se refería a un casco de bronce coronado por una cimera emplumada en rojo y a la *lorica segmentata* o de placas que había traído desde Roma y que empezaba a popularizarse. Cuando le vieron en Castra Vetera, les recordó a un gallo pavoneándose delante de las gallinas.

—En cualquier momento va a cacarear —había comentado Bodo, haciendo reír a Quintilio.

La expedición estaba formada por veinte carros cargados de trigo, cebada, aceite, vino y lingotes de

hierro; otros cuatro carros transportaban los pertrechos de un destacamento legionario formado por cinco centurias y dos *turmae* de caballería auxiliar báta-va. Los auxiliares de la cohorte mixta de infantería y caballería que mandaba Quintilio formaban el resto de la escolta.

—*Domine*, hay algo que me había olvidado contar-te. No sé si es importante, pero creo que es conveniente que lo sepas —le dijo Bodo.

El prefecto asintió, haciendo ademán de que continuase.

—Uno de nuestros *speculatores*, Rusilo, el que lleva un casco celta, ¿sabes quién te digo, *domine?*, estaba bebiendo y jugando a los dados con unos germanos. Queruscos o brúcteros, no sé..., todos me parecen iguales. El caso es que les ganó. Estaban muy borrachos.

Bodo se detuvo un momento para ordenar sus pensamientos.

—El más joven de los dos no se lo tomó bien. Se levantó de la mesa y le gritó a Rusilo, amenazándole con el puño. Hay que reconocer que Rusilo se lo tomó con calma: ni siquiera se levantó del taburete, haciendo caso omiso al germano. Y en eso, va el otro, el más viejo, y le mete una bofetada al joven que lo tira al suelo. El mayor pidió disculpas a Rusilo, le pagó las deudas de juego y se marcharon.

—La típica pelea de borrachos, ¿no? Y Rusilo la manejó bien. ¿Qué es lo que te parece tan importante?

Bodo se frotó la barbilla, pensativo.

—Igual no es nada, pero Rusilo, que entiende algunas palabras de su lengua, me contó que el joven había dicho algo acerca de un día de la venganza y de que no iban a dejar a un romano vivo.

Quintilio no respondió de inmediato. Volvió la mirada hacia los árboles meciéndose al ritmo del viento. El aire olía a tierra mojada, a madera, a vegetación, al río. Era agradable y, a la vez, extraño: un olor que recordaba a un tiempo pasado, antes de que Roma hubiera existido; tal vez, incluso, antes de que los primeros pasos humanos hubieran hollado sus sendas.

—Parece que nos observa —musitó.

Bodo se encogió de hombros. El bosque por sí mismo no le daba miedo, pero sí que se lo daban las criaturas que lo poblaban, fueran monstruos o humanos.

Quintilio suspiró. Iba a tener que convencer a Vinicio de que debían incrementar la seguridad de la expedición, pero conociendo su manera de ser no iba a ser fácil.

—Voy a hablar con Sexto Vinicio. Dile a Murilo que prepare a sus exploradores.

Aunque Vinicio no pensase que hubiera algún peligro inminente, la responsabilidad sobre los auxiliares era del prefecto, así que podía usar sus batidores como él considerase oportuno.

La venda, sucia de sangre coagulada, pus y barro tapaba la mitad de la cara del herido. Cayo Postumio, el médico jefe de la guarnición de Aliso, le tomó el pulso: estaba agitado, rápido, como si un ciempiés asustado estuviera corriendo por el interior de sus venas; la piel estaba seca y caliente al tacto.

Lucio Cedicio, prefecto de la fortaleza de Aliso, no necesitaba estudiar medicina para saber que Cayo Estacio, *optio* en la segunda centuria de la segunda cohorte de la legión Decimioctava se estaba muriendo. La herida desprendía un appestoso hedor a carne podrida.

—Cuatro días. Fueron cuatro días. Al principio... —Estacio intentó tragar saliva, pero no pudo. Empezó a toser.

—¡Agua! ¡Traedle agua! —ordenó Cedicio a uno de los legionarios del retén de guardia.

Este le acercó una cantimplora.

—Es posca rebajada con agua —informó.

Cedicio vio que el médico asentía.

—Vale con ella.

Ayudó a Estacio a beber un trago. Le sujetó la nuca mientras acercaba la cantimplora a sus labios cuarteados. Estaba ardiendo de fiebre. Hubiera preferido dejarle descansar, pero necesitaba saber que había sucedido.

El centenar de legionarios, auxiliares y las dos mujeres que habían alcanzado el fuerte de madrugada conformaban un espectáculo desolador. Heridos, derrotados, exhaustos. Aterrorizados. Solo Estacio, el único oficial en el grupo, había sido capaz de mantener el ánimo, a pesar de su estado. Cedicio no podía evitar admirar su fuerza de voluntad.

Estacio se recostó. La habitación estaba a oscuras. La única luz procedía de las lámparas que sostenían los legionarios. Olía a sangre, heces y podredumbre. Cedicio sintió una oleada de compasión. Era muy joven, más que sus propios hijos, no aparentaba más de veinte años.

—Cayo Estacio, sé que es difícil, pero necesito saber lo que sucedió con el ejército del legado.

Usó un tono formal, autoritario. El médico le miró haciendo un gesto de reproche. El comandante lo ignoró: sabía que el *optio* estaba aguantando por pura fuerza de voluntad. Si el comandante mostraba la lástima que sentía hacia él, podía derrumbarse. Tenía que tratarle como a un hombre sano: le debía eso, como mínimo.

—Sí, sí, prefecto, puedo hablar —respondió Estacio con voz débil.

—Dijiste que fueron cuatro días...

Estacio asintió.

—Al principio, fueron escaramuzas, sin gran importancia. Mi legión estaba en la mitad de la columna. Los ataques sucedieron en la retaguardia, sobre todo contra los civiles. Empezaron al amanecer, poco después de ponernos en marcha. Había algo de neblina; poca, pero no estorbaba. Creo que ya estábamos cruzando el bosque. Recuerdo que había árboles, pero es-

taban separados. Era un bosque normal, como los de Italia. No parecía de los de aquí.

Cedicio intercambió una mirada con el médico. Estacio hablaba rápido, agitado; era difícil distinguir lo que era recuerdo real de lo que era delirio por la fiebre.

—Nos dejaron en paz a los del medio. Algunos hombres, los que tenían familias en los carros, ¿sabes?, querían ir a la retaguardia de la columna, para saber... —Tragó saliva—. No se lo permitimos, claro. Marco Batiato... era nuestro centurión. Le vi caer el tercer día. Estaba muerto antes de darse cuenta de que le habían herido. No estaba... —Una lágrima le resbaló por el ojo sano.

—¿Qué hizo Batiato? —preguntó Cedicio, conteniendo la impaciencia.

—Puso orden. ¡Tendrías que haberle oído blasfemar! —rio, hasta que le dio otro ataque de tos.

Cedicio le ayudó a beber un poco.

—Estaba preocupado, nos lo dijo. Había servido con Druso. Les tenía respeto a las tribus. «Van a ser días difíciles. Estad atentos y mantened la disciplina. No les deis tiempo a que tengan miedo. Es contagioso. No os confiéis, los germanos saben pelear», decía. Mientras montábamos el campamento, la caballería auxiliar germana desertó. Mataron a tres legionarios y a un centurión de nuestra cohorte antes de huir.

—¿Eran bátavos? ¿Frisones? —preguntó Cedicio.

La guarnición de Aliso incluía un ala de caballería bátava, una cuarta parte de los efectivos presentes. Las tribus germanas eran independientes unas de otras. Eso no significaba que no traicionaran a sus patronos y se unieran a los rebeldes si se veían en una situación complicada.

Le hubiera gustado que al menos estuvieran bajo el mando de un oficial romano. Sin embargo, el acuerdo entre Quintilio Varo y los jefes bátavos había estipulado que servirían bajo sus propios mandos. En el tiempo que había conocido a Gundiaro, el caudillo bátavo, Cedicio no había podido entender qué pasaba por su cabeza y eso le preocupaba.

—No, no. Queruscus. Los mandaba su jefe, el que siempre andaba con el legado. No recuerdo el nombre...

—¿Arminio?

—No, no, otro. Igual era su hermano.

—Flavus es su hermano, pero lo último que supe de él es que seguía en Roma. Podría haber sido Inguemaro. No nos aprecia demasiado.

—Puede ser. El otro, Arminio, estaba más adelante. También desertó ese mismo día. O a lo mejor fue antes. No estoy seguro.

No pudo continuar hablando. Estaba exhausto. La herida le latía, dolía tanto que le costaba pensar. Estacio sabía cuál era su deber y estaba decidido a cumplirlo hasta el final. Sin embargo, su cuerpo no respondía a las órdenes de su cerebro. Se le nublaban la vista. Intentó hablar, pero se estaba quedando sin fuerzas. Tenía la lengua inflamada.

Cayo Julio Arminio era el más bárbaro de todos los romanos y el más romano de todos los bárbaros. Alto, imponente en su armadura de cota de malla hecha a medida, no llevaba casco. Al contrario que otros queruscus, no se había dejado el pelo largo e iba afeitado. Si no fuera por el color de su pelo y sus ojos grises podría pasar por un aristócrata romano. «De hecho, está mejor afeitado que yo», pensó Vinicio con envidia, mientras se rascaba la sombra de barba de tres días.

Vestía unos pantalones de un marrón rojizo oscuro, manchados de barro, típicos de las tribus germanas. En cambio, la capa, que alguna vez fue roja, era romana hasta en la forma de llevarla. Un rico cinturón de cuero repujado, adornado con placas metálicas que representaban escenas de las guerras entre los dioses y los titanes, a juego con la vaina de la espada y el puñal, completaba su atuendo. Montaba un enorme ruano macedonio. Vinicio conocía bien a aquel animal; de hecho, había intentado comprárselo en alguna ocasión, pero Arminio siempre se había negado.

Su escolta se reducía a dos guerreros de su guardia personal, armados de pies a cabeza como la caballería legionaria. Lo único que les distinguía como germanos eran las barbas... y su tamaño. El *cornicen* se había quedado atrás.

Si esperaban que se sintiera intimidado, Vinicio tenía que reconocer, aunque solo para sí mismo, que estaban haciendo un excelente trabajo. Él era hijo y nieto de cónsules, y senador de Roma, y no iba a permitir que un bárbaro —y un traidor, además—, por muy imponente que fuera, se diera cuenta.

—Le conocí bien. Tuve trato con él y con su hermano, en Germania y en Roma. También estuvo de visita en nuestra finca de Herculano —había comentado al reconocerle.

Habló antes de recordar algo que todos los soldados aprenden en cuanto se unen al ejército: ten la boca cerrada, no vaya a ser que piensen que te estás ofreciendo voluntario.

—¡Ah! Entonces eres el candidato perfecto, Sexto Vinicio —exclamó Lucio Cedicio.

Vinicio había mirado a su alrededor, sin comprender. Los demás oficiales presentes estaban de repente muy ocupados en observar las nubes, contemplar los postes de madera o el estado de sus uñas.

—¿Candidato? ¿Para qué? —preguntó con suspiración.

—Para parlamentar con ese bastardo y ver qué es lo que quiere —le respondió Cedicio.

Se le pasó por la cabeza la posibilidad de negarse, pero hubiera sido una deshonra para él y para su familia, así que por eso se encontraba ahora delante de aquel traidor. Tuvo que resistir el impulso de borrarle el

gesto de jactancioso desprecio que se insinuaba en las comisuras de su boca.

—Parece que Fortuna no te mira con buenos ojos, Sexto Vinicio —saludó Arminio con tono socarrón al ver a su antiguo conocido.

Su latín era excelente, muy elegante, con un ligero acento que lo hacía todavía más atractivo. Su mirada era calculadora.

Vinicio había decidido llevar también solo dos hombres de escolta. No eran legionarios, sino de la caballería auxiliar. Un insulto velado al estatus de Arminio.

Los había elegido él mismo: un negro altísimo tan amenazador como cualquier germano, que sonreía con calma suficiencia mientras medía con la mirada a sus posibles adversarios; y Dagomarus, que había impresionado a Vinicio por la calma con la que había ejecutado su misión, y que clavaba la vista en los germanos como si estuviera invitándoles a desenvainar.

—Roma sabe que Fortuna es una diosa voluble. Un día nos da la espalda y al siguiente nos colma de favores. Solo tenemos que esperar a que nos sonría para vengarnos de nuestros enemigos —contestó con frialdad.

Su voz, por lo general chillona cuando se ponía nervioso, estaba calmada. Era un senador de Roma. No iba a consentir que un bárbaro le humillara.

—¡Ja, ja, ja! ¡Bien contestado, Sexto Vinicio! ¡Bien contestado! —Arminio soltó una carcajada, que a cualquier observador casual le habría parecido sincera.

Vinicio le conocía lo bastante bien para saber cuándo era sincero y cuando disimulaba. No le engañaba con esa risa fingida. Era lo que más le sorprendía a Vinicio: Arminio sabía que Roma, tarde o temprano, vendría a pedirle cuentas, no dejaría la ofensa sin castigo. Todos los que la desafiaban, incluso los partos, terminaban por pagar la deuda con intereses ¿Por qué Arminio pensaba que él iba a ser diferente?

—No te engañes, Sexto Vinicio, ahora mismo yo soy el favorito de la Fortuna. —Su tono había pasado de la risa a ser glacial.

Vinicio sintió un escalofrío. Tuvo que hacer un esfuerzo para que su rostro se mantuviera impassible.

—¿Cuánto crees que va a durar su favor? ¿Una estación? ¿Dos? ¿Unos años? ¿Lo saben los caudillos y los guerreros que te siguen? ¿O les has ofrecido botín y gloria cuándo lo único que les espera es ser crucificados y que sus cadáveres sean comida para cuervos?

Vinicio intentó que su voz rezumara todo el desdén de un aristócrata romano hacia un bárbaro advenedizo.

Un rictus de furia desenajó el gesto de Arminio. Fue casi imperceptible; tan pronto como apareció, se fue, como una nube empujada por el cierzo. Vinicio ni siquiera podría jurar haberlo visto.

El caballo de Arminio debió sentir la tensión súbita de su jinete, porque golpeó con sus cascos delanteros el suelo, salpicando terrones de barro, mientras piafaba agitado. Arminio tiró con fuerza del bocado hasta que el animal se calmó. Le palmeó en el cuello con suavidad. Una vez le había hecho saber quién era el amo, estaba dispuesto a mostrarle su rostro amable.

—¿Así es como controlas a las tribus, Cayo Julio Arminio? —le preguntó Vinicio, poniendo el énfasis en su nombre romano—. ¿Primero les enseñas quién manda y luego les das un dulce?

—Hasta el amanecer —contestó Arminio sin responder a las preguntas de Vinicio; su voz era fría, sin

emociones—. Si al amanecer abandonáis Aliso con sus almacenes y edificios intactos, más cualquier prisionero o esclavo germano que tengáis en vuestro poder, os dejaré marchar hasta Castra Vetera o Ara Ubiorum, la que preferáis. Podréis llevaros vuestras armas y estandartes, y a los civiles.

—¿Y si no queremos irnos?

—Entonces destruiré Aliso y a su guarnición. Ni siquiera tomaré esclavos. Todos, niños y mujeres incluidos, serán sacrificados a los dioses.

No era una amenaza, sino una exposición de hechos tan incontrovertibles como que la noche seguía al día.

18

Si después de la historia de Estacio le quedaba a Lucio Cedicio alguna duda acerca de la determinación de Arminio, se le pasó en las semanas que siguieron. El líder querusco levantó cinco campamentos rodeando el fuerte. El principal estaba a dos millas de distancia, en linde de un denso bosque de robles. Tal vez eran algo más desordenados, menos eficientes que uno legionario, pero cumplían su misión. Tras un breve consejo de guerra, los oficiales romanos llegaron a la conclusión de que no era posible hacer salidas y tomar alguno de ellos por sorpresa.

El único error del caudillo germano fue intentar guarnicionar el embarcadero abandonado por los romanos. Cneo Manilio, en cuanto supo que los bárbaros estaban reuniendo barcas, los atacó de noche, incendiándolas. Después de eso, Arminio dejó patrullas para que vigilaran la posición, pero, por lo demás, la abandonó.

—Al menos no tienen armas de asedio, ni sabrían cómo usarlas —había dicho Sexto Vinicio, ganándose una mirada de reproche de los demás oficiales, incluso de su centurión.

En efecto, aquella misma tarde, como si se hubieran estado preparando para llevarle la contraria, los germanos desplegaron dos escorpiones y empezaron a batir las torres de la puerta principal. Pero Vinicio no se equivocaba y en el intercambio de proyectiles con las piezas de los defensores, los germanos salieron peor parados. El tribuno se pavoneó muy ufano durante toda la semana, presumiendo de su clarividencia.

Ambos bandos se instalaron en la letal rutina de los asedios. Los días eran cada vez más fríos, sobre todo al amanecer. A lo largo de la cuenca del Lupia se formaban bancos de niebla matutinos tan densos que en su interior no era posible ver más allá de diez pasos. En ellos, en los bosques y en la tierra de nadie, entre las hierbas altas y los matorrales, los exploradores de ambos bandos libraban salvajes escaramuzas para impedir que los infiltradores enemigos obtuvieran in-

formación, capturando prisioneros y matando o muriendo.

Aquella mañana fue distinta, lo que frustraba al Nubio, que no pudo encontrar siquiera a un merodeador enemigo. La patrulla tampoco halló rastros de su presencia. Sentía como si le hubieran dado plantón.

En las dos semanas transcurridas desde el principio del asedio había conseguido siete trofeos. Uno de ellos había llevado una talla de madera representando a un animal que el Nubio no conocía; se la había regalado a Mania, quien desde entonces la llevaba a todas partes colgada de un pequeño cinturón que le había fabricado Avinoam. No eran suficientes.

Así que volvieron a Aliso con las manos vacías. Los demás, entre ellos Murilo y Dagomarus —que había sido destacado con los exploradores tras la batalla por la *civis*—, estaban bastante más satisfechos que el Nubio. Al contrario que él, preferían no arriesgar sus vidas.

—No entiendo esas ganas de que te maten, Nubio —le dijo Dagomarus.

—No quiero que me maten, pero es divertido porque hay peligro. Si no hay peligro, no es divertido, ¿sí? —respondió el Nubio, genuinamente sorprendido de que algo tan evidente necesitara explicación.

Dagomarus puso los ojos en blanco. Le gustaba una buena pelea como al que más, pero lo del negro enorme era distinto: estaba seguro de que no estaba bien de la cabeza.

Murilo tuvo que persuadirle de que hacer un collar con dientes de germanos para regalárselo a Mania no era, precisamente, una buena idea. El Nubio no quedó convencido del todo, aunque como Murilo era de los pocos a los que respetaba, le hizo caso.

Cuando llegaron a la puerta principal notaron la conmoción. Los centinelas estaban distraídos, volviendo la cabeza y hablando entre ellos. Incluso el *optio* que mandaba la posición parecía con la mente en otras cosas. Murilo se sintió tan escandalizado que abroncó

al jefe de la guardia, que al menos tuvo la decencia de mostrarse avergonzado.

—Los bárbaros han mandado un heraldo —explicó el *optio* a modo de excusa—. En la puerta decumana. Dicen que trajeron dos prisioneros y los degollaron delante de todos; el rumor que corre es que, si mañana al amanecer no abandonamos el fuerte, quemarán vivos a todos los prisioneros romanos en su poder.

—Si esperan que Cedicio abandone Aliso solo porque van a quemar vivos a unos prisioneros, ya pueden esperar sentados —comentó Dagomarus con sorna, ganándose una mirada amenazadora de Murilo—. ¿Qué? ¿Acaso no tengo razón? —preguntó, enarcando las cejas.

—No me toques las narices, Dagomarus —respondió Murilo con tono que no admitía discusión.

Aquel no respondió, pero la sonrisilla burlona tampoco abandonó sus labios, lo que todavía irritó

más a Murilo. Tenía que reconocer que era un excelente rastreador y que era un combatiente letal; tal vez solo el Nubio estaba a su nivel. Sin embargo, había algo en él, en su forma de hablar —o puede que fueran sus ojos de diferente color—, que le molestaba; como un picor que no se podía rascar. Si Murilo le hubiera preguntado al Nubio, este le habría dicho que Dagomarus estaba vacío por dentro. Algunos tienen sombras que le siguen a todas partes; otros están bajo el control de un hechicero. Dagomarus no tenía nada. Era un espacio en el que solo existía él mismo.

Al Nubio no le parecía mal. Sabía matar bien y era silencioso en los bosques, y eso era suficiente por el momento. Pero no le quitaba el ojo de encima. Era como un león poseído por un brujo, que se dedicaba a cazar humanos: igual de calculador y despiadado. Al final siempre era necesario salir a buscarlo y matarlo, antes de que hiciera más daño.

24

Miró al cielo y torció el gesto.

—Tenía razón. Venía lluvia —dijo Marco Quintilio en voz alta, aunque no estaba hablando con nadie en particular.

El viento estaba tan cargado de humedad que el agua podía olerse en el aire. Las nubes tan pronto tapaban la luna llena, como desaparecían empujadas por la brisa, permitiendo que su resplandor iluminase el paisaje, creando formas fantasmagóricas con los árboles. Las ramas crujían, mientras el céfiro hacía silbar las hojas.

El embarcadero estaba destruido. Prácticamente, todos los tramos de la empalizada que no habían ardido durante el primer día del asedio, los habían desmontado para construir sus propias fortificaciones. Solo quedaban algunos troncos sueltos y los pilares. De las navalias —los cobertizos donde se albergaban las liburnas cuando había que repararlas—, solo quedaban las vigas y el armazón; el resto había sido saqueado.

Tras el fracaso del intento de reparar algunas de las barcas abandonadas por los romanos, Arminio consideró que la destrucción era tan completa que no era necesario guarnicionarlo. No quedaba nada que ocupar, así que no creía que los romanos intentaran recapturarlo. Además, la guarnición del campamento más próximo estaba a solo una milla: bastaba para contener cualquier incursión.

Quintilio vio acercarse a Dagomarus.

—Solo he encontrado a dos bárbaros, tan borrachos que aún no se han dado cuenta de que los he matado —rio este—. Avinoam y Rusilo han recorrido todo el perímetro: no hay señales del enemigo.

El prefecto de los auxiliares se arrebujó en la capa, tanto para resguardarse del viento como de la casual crueldad del galo. Los germanos eran bárbaros y enemi-

gos que habían asesinado y torturado a miles de romanos, y no sentía compasión por ellos. Lo que le turbaba no era la suerte de los muertos, sino la euforia evidente de Dagomarus. Para los demás, matar era un deber; para él, era un placer y ni siquiera intentaba disimularlo.

—No esperaba que Arminio hubiera dejado centinelas —reflexionó Quintilio en voz alta.

—No creo que lo fueran; simplemente eligieron un mal sitio para emborracharse —respondió Dagomarus encogiéndose de hombros.

En ese momento apareció Avinoam para informarle de que los barcos ya habían embarrancado en la playa y que estaban listos para iniciar el embarque tan pronto como llegara la columna. El plan de Quintilio preveía que los heridos y enfermos, los ancianos, los niños y las mujeres se repartieran entre el mercante y una de las liburnas, mientras que su escolta y el destacamento de retaguardia que se había quedado en Aliso lo harían en la otra.

—Ve a buscar a la columna de Estacio y guíala hasta aquí —le ordenó—. Conoces bien el camino, ¿verdad?

—Sí, *domine*.

—Bien. ¡Ve entonces! No hay tiempo que perder.

Avinoam se marchó por el camino de Aliso. Una nube tapó la luna en ese momento; cuando pasó, apenas un instante después, ya había desaparecido entre los árboles que flanqueaban el sendero. Fue el Nubio quien recomendó que fuera reclutado para cubrir las bajas entre los exploradores.

—Es valiente, sabe pelear, está acostumbrado a la fatiga y sabe moverse en los bosques. Dice que era pastor y que su antiguo amo fue quien le enseñó a luchar. Puede ser, pero yo creo que en verdad era un bandido, ¿sí? —Había sonreído como si le acabara de hacer un gran halago.

Así que Quintilio había autorizado que fuera manumitido y se le anotase en el rol de la cohorte como *speculator*.

Bajó hasta la playa. Las tres naves estaban varadas en la arena. Las tripulaciones habían colocado planchas para facilitar el embarque de los civiles. Aunque era una tarea sencilla, la oscuridad la complicaba. Manilio no quiso que se encendieran antorchas ni linternas, así que los hombres se veían obligados a trabajar en la penumbra.

Uno de ellos, un masiliense, se había aplastado los dedos al soltar sus camaradas una de las pasarelas demasiado pronto. El hombre tenía el rostro desencajado en una mueca de dolor, mientras acunaba la mano herida con la otra. Sus gemidos quedaban apagados por los sonidos del viento, aunque a Quintilio le parecían atronadores. Vio cómo lo subían al barco.

Saludó a Manilio, que estaba supervisando la manobra y dijo:

28

Los dioses disfrutaban gastando bromas pesadas.

Murilo había encontrado el tronco atrapado entre los cañaverales de una caleta en la orilla sur del islote.

—Es perfecto —le dijo—. Cualquiera que lo vea va a creer que es un simple tronco a la deriva.

El Nubio estuvo de acuerdo, así que se desnudó; el único equipo que llevaba era un tahalí de cuero del que colgaban la cantimplora y el puñal. Le entregó sus ropas y armas a Murilo.

—Me las guardas hasta que vuelva, ¿sí?

—Me debes dinero de la última partida de dados; no sé si debería venderlas.

El Nubio le miró con afecto; entendía lo que quería decir Murilo: «vuelve vivo, compadre».

—No, porque entonces tendría que coger las tuyas —respondió, dándole una palmada en el hombro.

Desnudo daba la impresión de ser incluso más alto de lo que realmente era. Estaba marcado por docenas de cicatrices, testigos mudos de su vida. Unas adquiridas combatiendo para Roma; otras, mientras fue esclavo, y las más antiguas, apenas visibles, cuando todavía no había entrado en la edad adulta pero ya acompañaba a las partidas de cazadores en busca de presas con las que demostrar su hombría.

Desperéz los músculos, estirándose como le había enseñado su padre. Cuando se quedó satisfecho, Murilo le ayudó a empujar el tronco hacia la corriente. El Nubio se metió en el agua, poniendo el leño entre él y la orilla ocupada por los germanos. La zona a la que quería llegar estaba a unos seis estadios del extremo occidental del islote.

Apenas llevaba recorrido un tercio, cuando vio a la primera avispa. Ni él ni Murilo se habían percatado del avispero encajado entre las ramas, que debía haber sobrevivido a la caída del árbol. «Probablemente, con el propósito de fastidiarme», pensó el Nubio, que si tenía un punto débil era su fobia a las avispas. Sabía

—He desembarcado a los arqueros en el islote río abajo. Los podemos recoger más adelante; aquí serían inútiles, con este viento y a oscuras.

Manilio había ordenado pintar los cascos de negro. El trabajo no era perfecto, por la escasez de materiales; pero en una noche como esa serían casi invisibles.

Se hizo un silencio incómodo. Los dos hombres estaban nerviosos. El plan tenía demasiadas variables, por mucho que Quintilio hubiera intentado reducirlas al mínimo. Temían —no, *sabían*— que tarde o temprano algo saldría mal. Eran veteranos, así que no se hacían ilusiones pensando que el plan marcharía bien. Sin embargo, ninguno de los dos se atrevía a expresar sus dudas en voz alta. Era demasiado tarde para cambiar nada, así que ahora solamente quedaba esperar y confiar en que Fortuna estuviera de su parte.

controlar el miedo, pero las odiaba con pasión, y ellas a él.

La primera decidió picarle en el pómulo. El dolor le hizo dar un respingo. La segunda aprovechó ese momento para hacerlo en la coronilla, lo que provocó un gemido contenido. Ambos insectos no le encontraron interesante, así que echaron a volar antes de que pudiera hacer nada para vengarse. La tercera no tuvo tanta suerte. Se posó en el brazo con el que agarraba el tronco y le clavó el aguijón, con toda la mala intención típica de esos insectos. Antes de que pudiera escapar, el Nubio la agarró, aplastándola entre los dedos. Sonrió satisfecho.

Al aproximarse al lugar donde quería llegar a la orilla, abandonó el tronco —y a las avispas—, sumergiéndose por debajo y nadando con potentes brazadas. La corriente no era demasiado fuerte, pero bastaba para arrastrarle, alejándole de su objetivo.

El agua estaba tan turbia que apenas veía a unos palmos por delante de sus ojos. Notó que algo le rozaba la pierna, probablemente un pez, y que empezaba a faltarle el aire, pero aún no se atrevía a salir a la superficie. Era improbable que hubiera germanos por las inmediaciones; sin embargo, a lo largo de su vida había aprendido que en territorio enemigo era mejor no dar nada por sentado.

Las manos tropezaron contra unas cañas. Se introdujo entre ellas, con cuidado de moverlas lo menos posible. Intentando no perturbar la superficie del agua más de lo necesario, asomó la cabeza. El cerebro le pedía coger aire a grandes bocanadas, pero se controló para hacerlo solo por la nariz hasta que fue capaz de controlar la respiración.

Estaba a unos veinte pasos de su objetivo. Dadas las circunstancias, podía felicitarse por la suerte que había tenido. Aparentemente, Fortuna estaba de su parte, ¡al menos de momento!

Nadó espacio entre el cañaveral, procurando no asustar a las aves que pudieran anidar entre ellas o en la orilla inmediata. Pocas cosas llaman más la atención de un centinela que el vuelo repentino de un pájaro.

Salió del río cerca de un hayedo. Le serviría como cobertura y como vía de aproximación a los grandes bosques al nordeste, desde dónde podría observar el campamento germano sin ser visto. Caminó cerca de la orilla, moviéndose en silencio entre los arbustos. Al llegar a un recodo, cerca de un sauce que hundía sus raíces en el Lupia, el Nubio encontró una zona de agua estancada en la que se acumulaban barro, hojas y cadáveres de insectos y de pequeños animales.

Centenares de moscas zumbaban en la charca, encantadas de haber encontrado ese paraíso en la tierra. Bajó un pequeño terraplén hasta el estanque, intentando ser lo más discreto posible. Las moscas estaban empeñadas en meterse en su boca, nariz y oídos; aunque eran molestas tenía que evitar hacer movimientos bruscos que pudieran llamar la atención de un centinela con buena vista, así que no podía ahuyentarlas a manotazos.

Cogiendo puñados de barro con ambas manos, los extendió por todo el cuerpo, intentando cubrir la mayor superficie posible. El barro fresco era de un color marrón que apenas era diferente al tono natural de su piel. Sin embargo, el Nubio sabía que una vez seco pasaría a ser gris amarronado. Añadió algunas hojas y ramas sueltas. Una vez dentro de la floresta, mientras estuviera inmóvil, sería casi invisible.

El barro, además, ocultaría su olor corporal. «Si hueles como la tierra no sabrán que eres tú», recordaba que le había dicho la abuela Amake. Era la forma de estar oculto de la mirada de los espíritus y de los brujos. Lo que servía para ellos, servía para que no te oliera un leopardo; y lo que servía para un leopardo, servía para un humano.

Cuando se quedó satisfecho, el Nubio continuó su avance. Cada pocos momentos, se detenía a escuchar y a olisquear, como si fuera un depredador buscando una presa. Miró al cielo. El sol se había movido una hora, más o menos, desde que había salido del islote. Era un buen tiempo: Bodo le había dicho que la liburna patrullaría la zona en la que había desembarcado en-

tre las horas octava y novena, lista para recogerle. Eso significaba que contaba con cuatro horas para cumplir la misión.

Entre los olores típicos del río —algas, maleza, hojas pudriéndose, hierba y barro negro de viscoso aroma— distinguió el inconfundible de las aglomeraciones humanas: el olor acre de miles de hombres haciendo sus necesidades en la misma zona, mezclado con el de la madera quemada de sus hogueras.

Al noroeste de su posición, pudo observar cómo se elevaban perezosas las columnas de humo de los fuegos de los germanos. Se encaminó en esa dirección. El barro se estaba secando, así que le empezaba a picar. La tentación de rascarse era casi irresistible, pero contuvo las ganas.

Un leve crujido le hizo detenerse. Sin mover un músculo, buscó con la mirada el origen del ruido. Por un momento pensó que se lo había imaginado, pero entonces volvió a escucharlo. A unos veinte pasos a su izquierda vio moverse un arbusto.

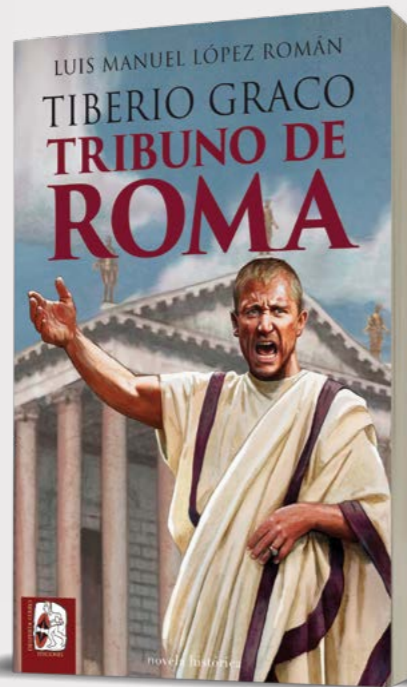
Contuvo la respiración.

En ese momento, entre la maleza, vio aparecer a un enorme jabalí macho, que trotó directamente hacia donde él se encontraba: era monstruoso, con una altura hasta la cruz que debía superar los tres pies. No parecía que fuera consciente de su presencia. Pensó que el hecho de que estuviera contra el viento y cubierto de barro y hojarasca despistaba al animal.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que lo que tenía distraído al puerco era un grupo de hombres —el Nubio contó doce individuos— que seguían su rastro. Todos estaban armados con lanzas y la mayoría llevaban túnicas y pantalones; uno de ellos, que parecía ser el jefe, llevaba un casco galo y un escudo hexagonal. Avanzaban en abanico, intentando cubrir el mayor espacio posible, deteniéndose de vez en cuando para buscar el rastro del jabalí.

Tenía que tomar una decisión. Quedarse quieto donde estaba o retirarse y buscar una nueva ruta de aproximación. Si se desviaba no tenía modo de saber cuánto tardaría en llegar a una posición desde la que pudiera observar el campamento germano y luego volver a la orilla del río para el encuentro con la liburna.

Otros títulos de la colección Novela histórica



Quando se conoció la noticia del suicidio [de Varo], ninguno de los supervivientes, ni aun aquellos que todavía tenían fuerzas, siguió ofreciendo resistencia. Algunos imitaron a sus comandantes y otros, tras arrojar las armas, permitieron que cualquiera los matara, ya que escapar era imposible aunque fuese el mayor de sus deseos. Todos los hombres y sus caballos fueron abatidos sin ningún temor y... Los bárbaros capturaron todos los fuertes menos uno [Aliso]. Mientras estuvieron ocupados con él, no atravesaron el Rin ni invadieron la Galia. Fueron incapaces de capturar aquel fuerte, pues no sabían organizar un asedio y los romanos recurrieron a sus numerosos arqueros, por lo que no sólo fueron rechazados sino que muchos murieron.

Dion Casio, *Historia romana*, 56.22.1-2a, J. M. Cortés Copete (trad.), Madrid, Gredos, 2011.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA